

Los que no podíamos ir a la Vaquilla

Aquello no era un capricho más de nuestros padres, tampoco es que nosotros fuésemos menos contestatarios que los jóvenes de ahora. La realidad existente, costaba muy poco a nuestros padres ejercer su función, aunque no sin dolor se tenían que imponer a los buenos deseos del hijo, que con tanta frecuencia se quedaba sin fiestas.

Existían entonces algunas dificultades casi insalvables, había que anteponer la obligación al capricho, y no es porque entonces no nos mereciésemos unos días de fiesta en Teruel.

Es que la Vaquilla coincidía precisamente con los primeros días de la siega, cuando las cebadas ya lucían su manto amarillo. Perder un día de siega en aquella época suponía mucho; quizás de ese día dependiera en gran medida que nuestros animales domésticos quedasen a mitad de ración durante el año o que nuestro padre tuviese que comprar el pienso, porque una mala nube, ese preciso día de la Vaquilla, que nosotros nos encontrábamos en Teruel, acabase con las esperanzas de una parca cosecha, otro año más, dedicada exclusivamente a la economía doméstica.

Por esto mismo y a pesar de la cercanía de Teruel, los jóvenes de mi pueblo, como otros jóvenes de otros pueblos pobres, no podíamos disfrutar del día de la Vaquilla.

Pero a cambio sabíamos disfrutar de lo lindo, a nuestro modo claro, en las ferias y fiestas de San Fernando, del 29 de mayo al 4 de Junio, según rezaban en los carteles anunciadores. Eran unas fechas ideales en que las faenas del campo no exigían atenciones especiales en mi pueblo.

He dicho que disfrutábamos de lo lindo, pero realmente más que divertirnos, lo que hacíamos era pasar en Teruel dos o tres días de fiesta, sin tener que acudir a los rudos trabajos de diario en el pueblo; porque luego y hasta septiembre en fiestas patronales no volvíamos a tener ni tan siquiera un solo día de fiesta.

Vamos a ver someramente en qué consistían esos días de fiesta que pasábamos en Teruel para las ferias y fiestas de San Fernando.

Solíamos juntarnos un grupo numeroso de jóvenes de ambos sexos, cada uno con su saco de la merienda a cuestas, con dos o tres panes grandes, redondos, llenos de tortillas, tajadas de lomo y longaniza de la conserva, y no mucho más, lo principal para pasar esos

días en Teruel, junto con algo más que comprábamos, fruta sobre todo.

Hacíamos el recorrido de 21 kms. del pueblo a Teruel andando, a buen paso, tomando todos los senderos y atajos que conocíamos bien y de tal forma acortábamos el camino en varios kilómetros. Alguno bajaba en el coche de línea, los menos, y otros en bicicleta, esos eran afortunados, que podían regresar a dormir al pueblo y al día siguiente bajar otra vez a Teruel.

Al llegar a Teruel lo más probable es que nos dispersáramos en busca de distintos domicilios de amigos y simples conocidos, para dejar la merienda y dormir si podíamos. Las bicicletas casi siempre las dejábamos en Casa de Esparrell, al que todos conocíamos bien, porque subía a Bezas a tocar a las fiestas.

Los de Bezas siempre hemos tenido familiares en Teruel o muchos conocidos y allí caíamos en manada, poniendo en grave compromiso a esos conocidos, a quien maldita la gracia que les hacíamos. Pero claro, a cambio les invitábamos a las fiestas del pueblo y si subían seguro que nos los disputaríamos entre todos, para llevarlos a comer a nuestras casas, a dormir y a procurar que las fiestas les resultasen gratis y agradables y que se llevasen de nosotros un buen recuerdo, eran aquellos tiempos de los años cincuenta, tan distantes y ya tan distintos de los actuales.

Recuerdo perfectamente, como si lo estuviese viendo, la baraúnda de aparatos de la feria, que se colocaban en la Ronda, casetas de venta de quincallería, bisutería y toda clase de regalos y baratijas; los caballitos, los autos de choque, la noria, los circos, recuerdo que un año había dos, etc.

Nosotros, los jovenzuelos del pueblo, que apenas habíamos traspasado los límites de nuestro pueblo y algunos cercanos, pues claro, llegábamos a Teruel a ferias con mucha ilusión, habíamos ahorrado durante meses para ese fin, que no era gran cosa, para gastarlo todo en los artilugios de feria. No podéis daros ni idea de lo que alargábamos el dinero.

Veinte, o treinta o quién sabe cuantas veces al día pasábamos delante de las casetas de venta, mirando mil veces las navajas, el pañuelo de rosas o el anillo de pasta con la letra de la hermana o la medio novia; o las gafas aquellas manoletinas, plegables; que eran de lo más “guay”. Y para qué voy a contar cuando llegábamos a aquellos tenderetes de venta de tangarros para el ganado.

A mí, la verdad es que los tangarros no me hacían mucha gracia, teníamos media docena de ovejas y otras tantas cabras, pero

eso no ocurría a los pastores. Dios santo que pesadez, Ronda arriba, Ronda abajo, y al pasar junto a los dichosos tangarros parada; miradas por dentro, por fuera, los hacían sonar hasta encontrar el que les gustaba, hasta que por fin compraban uno, que con frecuencia en la próxima pasada lo devolvían y cambiaban por otro de distinto sonido.

Subíamos a todos los cacharros, nos hacíamos fotografías de truco, íbamos a los circos, teatros, al cine y al ferial de los mulos; claro eso no podía faltar, a fin de cuentas los machos eran nuestros eternos compañeros de fatiga, con quienes “hablábamos” incluso.

Solo los que tenían mejor posición iban a los toros, los demás nos quedábamos en la puerta a ver salir a los toreros de la plaza. Los toros entonces eran cosa seria, como una fiesta mítica que pocos podíamos contemplar a lo vivo y en la plaza de Teruel, para nosotros estaban los toros de Gea o de Cella, de Albarracín, que eran gratis.

Por la noche aquellas encantadoras verbenas en la Glorieta, en la plaza del Torico y en otros lugares y allí sí que acudíamos a la caza de chicas del pueblo o conocidas de Teruel y de otros pueblos, porque las otras nos daban unas enormes calabazas. Bueno, es que en aquellos tiempos los de Bezas éramos muy pueblerinos.

Qué cosas ocurrían entonces, aquella enorme diferencia entre mi pueblo y la ciudad; no ocurre ahora eso no, ahora ni hay diferencia, distancia, ni hay mozos; qué pena recordar aquellos tiempos y compararlos con los de ahora.

Éramos tan de pueblo que nos ocurrían cosas a cual más curiosa a cada momento, tan simples que al contarlas ahora, hasta casi duda uno que pudieran ocurrir; pero sin embargo conforta de alguna manera contarlas.

No es que los jóvenes de entonces fuésemos menos jóvenes que los de ahora, también teníamos los sentidos a flor de piel.

Pero a uno le da una especie de sonrisa bondadosa, imaginarse a aquellas pandillas de mozos jóvenes y de mocetones menos jóvenes, que aprovechaban las ferias para recorrer hasta el más oculto rincón de Teruel, como sabuesos en pos de la caza.

Y había un lugar, un trayecto especialmente frecuentado por los de pueblo, recorrido incansablemente tanto como el mismo ferial de atracciones y a mitad del recorrido, colgada en la ladera, una casa cuadrada de dos pisos, aislada, pecaminoso templo del amor, cuya portada tanto costaba traspasar. Porque si el templo abría sus puertas solo a los mozos, la calle en cambio permanecía de par en par, y las mozas, forzosas heroínas de la castidad, con miradas furtivas oteaban

el espacio en busca de presas sospechosas. Luego en el pueblo la regañina sería monumental.

Añoro aquellos tiempos, no por mejores, sí porque fueron años de mi juventud. Dos o tres días en Teruel, de juerga entendida a la usanza, durmiendo en la pajera de la Posada del Tozal o de los Chorros o en el duro suelo de la habitación de un amigo, y al final, desbordantes de satisfacción, cansados y algo nostálgicos también, carretera adelante, buscando nuevamente los atajos, vuelta al pueblo y hasta otro año.